

que el mal de Roma estaba en aquella igualdad bajo la servidumbre que trajera consigo el Imperio, restablece la censura para que cuente las diversas clases del pueblo, y de á cada uno su derecho, á ver si de esta suerte renacian las virtudes republicanas, esas virtudes cívicas sin las cuales no son posibles las grandes democracias. Sus dos pensamientos se estrellaron contra la decadencia irremediable de Roma. Decio muere, héroe digno de una gloria como la de Muscio Escévola muere peleando por la patria en las lagunas góticas, pero muere con el presentimiento de que es inútil su sacrificio, porque Roma está muerta. En efecto, el censor que va buscando buscando hombres libres, solo encuentra esclavos. Despues de la rota de las legiones de Decio, el Senado recobra un momento su autoridad, mas solamente para nombrar á César al hijo de Decio. Pero pronto se subleva Galo, el cual compra á vil precio la paz de los bárbaros. De suerte, señores, que el pueblo romano, el pueblo mas guerrero de la tierra, se ha convertido en vil mercader, y no teniendo en sus venas sangre para ganar victorias, las compra por oro. Desde este instante asoman por todas partes las señales de la descomposicion del Imperio como la podredumbre en un cadáver. Ni Emiliano, ni Valeriano pueden salvar á Roma; la hora tremenda suena: Galieno, en cuyo tiempo van á suceder las grandes catástrofes, suben al trono; la tempestad ruge sobre el mundo; los senadores se arman, pero los desarma el César y los encierra en sus festines para que no se acuerden de la República, despues de haber pronunciado la terrible palabra, "no mas soldados romanos;" los habitantes de la Mesia son pasados á cuchillo; los escitas inundan el Asia y queman las ciudades, arrancan los bosques, y dispersan las razas; los getas rompen la ribera del Eufrates, y se estienen por la antigua Babilonia, bañados en sangre hasta la rodilla; los esclavos se sublevan en Sicilia, en Italia y sacrifican á sus dueños sobre el terruño empapado con sudor y con su sangre; Bizancio, la Alejandria de Europa, es saqueada por los soldados romanos, Atenas por los bárbaros, el templo de Simium abrasado, destruidas las estatuas de Praxiteles, que eran los trofeos mas ilustres del paganismo; los sármatas atraviesan el Rhin; los suevos acampan á las orillas del Tejo; los tauridas infestan en sus barcas de pieles las aguas del Bósforo; los godos comen carne cruda y beben orines de caballo en el Pireo donde resonara la palabra inmortal de Pericles y de Demóstenes; las naciones se apartan de Roma que ya no sirve para defenderlas ni para resguardarlas, y nombran sus emperadores; los dacios á Desébaló, que jura la

muerte de la ciudad Eterna; los íberos, galos y bretones á Postumio; los persas á Sapor, que para subir á su caballo de guerra pone el pié sobre el cuello de un patricio romano; los sirios á Calista en pago de la promesa de amparar sus dioses sensuales y sus cultos orgiásticos; los galos á Cornelio y á Celso; Milan á Aurelio: una hermosa mujer de Occidente á sus amantes que elevaba al trono ó arrojaba del trono, segun los giros de su capricho y las voluptuosas inspiraciones de su deseo; sombras que vagaban coronadas sobre las ruinas del mundo, perseguidas de cerca por la muerte; y en medio de aquella universal desolacion, cuando la tierra se estremece sacudida por el terremoto, como si quisiera arrojar de sí el peso de tantas iniquidades, y la peste se ceba en toda la humanidad, y el sol se eclipsa avergonzado de tocar con su pura luz tanto cieno, en aquellos infaustos dias, nunca bastante llorados por el genio de la historia, Galieno sube al trono de Roma, y solo vuelve el rostro para decir á sus legiones "quemad, degollad," y se pierde entre gladiadores, prostitutas, histriones, consumiendo hasta los tesoros de los templos en una orgia infinita, sin estremecerse porque se mezclan con el ruido de las copas y los cánticos de los festines y los ecos de los besos, los clamores de los pueblos que mueren, el estrépito de las ruinas del Imperio, y el rumor de los bárbaros que vienen á curar con el cauterio del hierro y el fuego la inmensa cancerosa llaga estendida sobre la faz de la tierra. (Vivos y prolongados aplausos.)

Los pretorianos tenian perdido el Imperio; la autoridad fué mercancía, las delaciones alimento de los cobardes, la proscripcion defensa de los Césares, los bárbaros custodios de Roma, los dioses orientales y extranjeros dueños del Panteon, los cultos mágicos refugio de las almas descreídas ansiosas de emociones y no de consuelos, la paga cebo único de los soldados, la ley letra muerta, la milicia ocio admirablemente retribuido por los dispendios de los Césares, que trataban como reyes á los soldados cortesanos de los reyes, cuando la República trató como pobres trabajadores á los soldados que sojuzgaron á los reyes; de suerte que en los abismos de la sociedad todo era servidumbre y en las alturas lujo y vicio, y no habia en la Roma de los héroes, el santuario del derecho mas que soldados viles, siervos humildes, cortesanos orientales, eunucos incapaces de decir una verdad, y de sentir ese deseo de libertad que ennoblece los caractéres y eleva las almas; y allá en la soledad de un trono hombres desgraciados, perdidos en espesa nube de incienso, postrados en el vicio y en el lujo, que no se atrevian á pe

lear y compraban la autoridad á sus soldados, y la paz á los bárbaros; ejemplos que debe el historiador poner ante los ojos de las sociedades modernas, muchas de ellas apasionadas todavía del cesarismo y del pretorianismo, para probarles que la tiranía es la violación de la justicia, es el rebajamiento de los caracteres y la irremediable pérdida de los pueblos. (Aplausos.)

Pero después de la muerte de Galieno, en que el peligro fué grande, Roma recobró el deseo de su salvación, y se entregó á Césares que estuvieran á caballo en las fronteras del Imperio salvándolas de los bárbaros. Se necesitó que el mundo zozobrara como nave sin timón y sin piloto abandonada á los vendabales y á las ondas, para que se diese á grandes Césares. Casi todos lo fueron desde Claudio hasta Diocleciano, casi todos, Claudio aclamado ochenta veces por el Senado, triunfa de trescientos mil bárbaros y muere. Como Leonidas había defendido las Termópilas. Aureliano que le sigue vence á los bárbaros, triunfa en Egipto, en Thiana, somete á los orientales, aumenta la repartición de trigo entre la plebe romana, y como dice Vopaisco, al concluir su reinado es amado del pueblo y temido del Senado. El imperio está seis meses vacante. Mandar en este tiempo es padecer, no es gozar. El Senado y el ejército ya no se disputan la elección sino la renuncia á la elección. Sube Tácito al trono y da al mundo el presente de un gran César en Probo, que reconcilia el elemento militar. Por un momento anhela Roma su paz, su libertad. Debe sentir el Imperio en esta hora suprema, el arrepentimiento del criminal que comprende al pié del cadalso la felicidad que ha perdido con la virtud y con la inocencia. Si hubiéramos sido posible salvar el mundo romano, aquellos Césares lo salvaran. Y esto es tan cierto que parecía próximo á su salvación y nunca había estado más enfermo, nunca más cerca del abismo. Diocleciano, hijo de esclavos, militar, jurisconsulto, poseído de toda fe que podía inspirar el envejecido paganismo, reuniendo en sí todas las ideas que habían batallado por espacio de tanto tiempo en el suelo ensangrentado del Imperio, [el gnosticismo, el pretorianismo, el ideal de los jurisconsultos, destroza entre sus manos el imperio, divide la autoridad entre Masimiano que pelea en Africa y Galerio que pelea en Oriente y Constancio Cloro que pelea en Occidente, los cuales llevan á sus piés despojos que le dicen que las naciones bárbaras están vencidas, al par que los verdugos le anuncian que los cristianos, los enemigos del Imperio están ya aniquilados; y á pesar de tantos triunfos sobre las armas enemigas y sobre las ideas ene-

migas, después de haber orientalmente organizado el imperio y destruido el moribundo Senado, cuando le trataba el mundo como si fuera un dios, guardado por ejércitos su palacio, por eunucos sus salones, saludado en su santuario por sus vasallos que al verlo ponían rodillas y frente en el polvo, como si le persiguiera un remordimiento, huye de Roma que deja de ser la capital del mundo, se encierra en Nicomedia que aún le parece demasiado grande, abandona á Nicomedia y se refugia en su pequeña patria, en Salona; y allí arroja la diadema que le muerde las sienes como una serpiente, rasga su túnica de púrpura que le abrasa como si fuera de llamas, y pide retiro, silencio, olvido, sin duda porque habiendo destruido los últimos restos de la libertad, y desplegado todas las fastuosas formas de oriental despotismo, comprende que el Imperio lleva en el pecho la vívora que ha de beber hasta las últimas gotas de sangre. (Repetidos y prolongados aplausos.)

Una sociedad de esta suerte conmovida, no podía salvarse sino por una idea poderosa y antitética absolutamente á todos sus principios fundamentales, una idea que despertase el espíritu dormido, y en el espíritu la voz de la conciencia. Examinando los hechos históricos, se ve que en su fondo queda siempre una idea que es la unidad de la historia, como el espíritu es la unidad de nuestra vida; y la idea nueva que se opone á la idea precedente, siempre despierta una lucha, sí, una lucha tremenda. La nueva idea se oculta en las entrañas de la tierra como la semilla, y se levanta y crece regada por lágrimas y sangre. De esta suerte las nuevas ideas se organizan en asociaciones secretas, que ocultas en la base misma de la sociedad, la minan, la quebrantan, la destruyen. Nada es tan temible como ese trabajo subterráneo que las sociedades poderosas no suelen temer en su confianza. Las ideas ocultas son como un volcan sin respiradero. Cuando van á espesarse estallan y subvierten las sociedades. Nada más tenue y más necesario á la vida que el aire, y nada más impetuoso y más preñado de muerte que el huracan. La idea libre es el aire, y la idea perseguida y proscrita es el huracan. El paganismo se defendía con sus tormentos, con sus verdugos, con sus hogueras, con sus suplicios, y estaba perdido. Cuando más cruelmente se defendía, más se acercaba su última hora. El dolor que tanto nos apena, tiene sus incomprendibles misterios, y ejerce sobre su alma una atracción maravillosa. Así es que la hoguera, la cicuta, el martirio, han sido los grandes propagadores de todas las ideas. Esto dice mucho en favor

de la generosidad de nuestra especie. La sangre de los mártires hacia brotar nuevos defensores de la fé cristiana que se apercebían al martirio. Nada mas triste, nada mas horrendo que aquellas cárceles donde los primeros cristianos eran encerrados. Al pié del Capitolio está la prision. Su aspecto es el aspecto de una tumba. La ortiga crece en las juntas de las piedras, como para decir que allí solo hay amarguras. Es un muro triste, espeso, carcomido por el tiempo y por las lluvias que han caido allí como llanto de los cielos. La puerta es pequeña, las dos escaleras grandes, como si condujeran á un abismo. Un espacio cuadrado construido de inmensos pedruscos es la prision. El aire, la luz, penetran por espesas rejas, y el dia es allí eterno crepúsculo. Las piedras están húmedas como si lloraran, mas impasivas que el corazon de los hombres. Allí no vale llorar, no vale clamar, las paredes no comunican el quejido que reciben, lo reflejan, lo rechazan. De vez en cuando el murciélago vuela por las bóvedas, y el raton corre por el suelo. Son los únicos compañeros de los desgraciados. Parece que aquel es el límite último de lo horrible, y sin embargo, hay aún mas allá. Un agujero se abre á otro abismo. Allí no hay luz. Allí en la soledad de las tinieblas, palpando las sombras, abriendo difícilmente á la respiracion el pecho, el infeliz cae, penetra en profundísimo sepulcro donde pisa los huesos de los que le han precedido, y muere asfixiado por el hedor de la asquerosa podredumbre. Estos dos inmensos abismos de dolores eran el trono de los primeros cristianos. Allí se formaba el espíritu, la conciencia de la nueva sociedad. Del hondo suelo de aquellas cavernas surgia la libertad del mundo. Reconozcamos y alabemos la providencia de Dios.

El cristianismo nacia como una religion del espíritu, y necesariamente luchaba con el paganismo, que era la religion del Estado. La antigüedad no podia comprender la separacion entre la conciencia individual y la ley social, la linea divisoria entre la religion y el Estado. La idea religiosa era en la sociedad antigua un medio de gobierno como la ley, como las magistraturas. Todos los grandes ministerios sociales, todos los grandes oficios públicos eran consagrados por la religion. El jurisconsulto prestaba ciertos juramentos; el militar hacia sacrificios, el magistrado invocaba los dioses; el juez y el testigo las fórmulas antiguas religiosas, y hasta la conversacion privada tenia sus giros impregnados de paganismo. ¡A cuántas y cuán tristes escenas daba lugar la pugna de la conciencia cristiana con toda esta organizacion de la idea religiosa antigua! El cristiano tenia que renunciar al Senado

porque no podia invocar el númen de la victoria; al ejército porque no podia asociarse á los grandes sacrificios; al sacerdocio porque no podia tocar con sus manos las aras de los dioses; á las magistraturas porque no podia decir con los labios juramentos rechazados por la conciencia; á la vida doméstica porque no podia poner la miel y la cera, ni atizar la lámpara en altares donde no brillaba la luz de su fé. De aquí la persecucion sañuda contra los cristianos dirigida por aquella sociedad pagana que entre sus ídolos y sus altares veia arruinarse tambien sus leyes y sus instituciones.

El cristiano, pues, tenia que huir de la sociedad. Pero bajo la Roma pagana, en las Catacumbas, habia construido el Cristianismo la Roma religiosa. Era una sociedad subterránea, sin luz, sin cielo, alumbrada por antorchas, abierta en los fundamentos mismos de la antigua ciudad, cortada en cruces que recordaban el sacrificio del Salvador, ornada de tumbas puestas unas sobre otras, en cuyas lápidas se veian grabadas las señales del martirio; dispuesta para la oracion; ciudad perseguida, que en sus tinieblas entonaba un himno de victoria, mientras su perseguidora, la ciudad pagana, en su lecho de púrpura, entre sus festines, agonizaba en la desesperacion y en la impotencia. En aquellas Catacumbas, se ve la imagen de la nueva sociedad. Están abiertas en el seno de la tierra; las tinieblas estienden sobre ellas su eterno manto; reinan el frio y el silencio como en los sepulcros; el aire falta, la vida se aparta de aquellas regiones; en las bóvedas resuenan los pasos de los perseguidores, el ruido de la ciudad de los placeres; en el pavimento duermen huesos humanos reunidos en la igualdad implacable de la muerte; las paredes son sepulcros; y sin embargo, en aquellos muros, en los rincones de aquellas en crucijadas, sobre las lápidas de los sepulcros, doquier hay espacio para que se reflejen vislumbres de esperanza, el pincel ha trazado ó el buril ha esculpido la cándida paloma que abre sus alas para surcar el éther, el pez que nada en las puras aguas del bautismo, el áncora, signo de salvacion, los Apóstoles tendiendo sus redes en el mar de Tiberiades, la cruz patíbulo del esclavo despidiendo los resplandores de la claridad coeleste, Moisés que abre con su vara las peñas y hace brotar agua para apagar la sed del pueblo, los niños de Babilonia entonando el himno de salvacion entre las llamas, las mujeres orantes que plegadas las manos, arrobados los ojos, dobladas las rodillas, vestidas de túnicas blancas como sus almas, exhalan de sus labios una eterna oracion; el pastor reuniendo en el redil sus ovejas, Daniel en el fozo de los leones, Cristo aplacando los

mares; signos todos de fé, de esperanza, de inmortalidad; resplandores de eterna vida que las almas atribuladas dejan como reflejos de la transfiguración de su sér elevado por la fé desde las sombras de las Catacumbas á la contemplación de Dios en el cielo. Allí, mientras unos han esculpido palabras de desesperación que indican esos amargos trances en que la naturaleza humana como que se quiebra al dolor, otros han puesto sobre las tumbas inscripciones como estas: "Te renziano, vive." Allí, bajo aquellas bóvedas, sobre aquel suelo regado de sangre, entre las tumbas de los mártires, debía reunirse la nueva sociedad á fortificar su alma, á repartir entre todos sus hijos el pan del alma y la esperanza en una vida infinita. (Vivos y prolongados aplausos.)

Así, señores, así se fortifican los cristianos para continuar en la lucha de la vida, para arrostrar los tormentos. ¡Cuántos y cuán crueles eran estos! El trabajo en las minas, el destierro en islas insalubres, la prisión perpetua, el circo, las fieras, el potro, la rueda, las llamas, se hiela en verdad la sangre al recordar tantos horrores. Mirad los circos, los obeliscos egipcios, las estatuas griegas, la puerta sanitaria abierta como para despedir muchas víctimas, la puerta mortuoria abierta para recibir muchos cadáveres, las primeras gradas llenas de magistrados, las segundas de senadores, las terceras del pueblo, las últimas de damas orientalmente vestidas, ó mejor dicho, orientalmente desnudas; las vestales, el emperador, los flamines envueltos en púrpura y coronados de laurel, los ídolos entre nubes de incienso ceñidos con guirnaldas de verbenas y saludados por dulces sinfonías; y en vez de los gladiadores, de los bestiarios, de los retiarios, de escudos, de lanzas, de las antiguas, si bárbaras alegres luchas, ancianos vacilantes, en cuyos vientres clavan los tigres sus garras; mancebos devorados en la primavera de la edad por las hogueras; pobres madres en el potro después de ser despojadas de sus pequeñuelos bárbaramente arrancados al pezón de sus pechos en el momento de alimentarlos con su leche; vírgenes que el verdugo ha desflorado para que se cumpliera la ley romana, y cuyos huesos se descoyuntan y se quiebran entre las ruedas del tormento; generaciones heroicas, que parecen vencedoras en vez de mártires, pues el miedo y la vergüenza y el terror del remordimiento se pintan sombríamente en el rostro de los verdugos; y mientras sus huesos se quiebran, y se consume su sangre, y se deshilan sus carnes, y caen convertidos en cenizas sus cuerpos sobre las hogueras, al postrer resplandor de la vida que se estingue, los mártires ven los ángeles que

vuelan en torno de sus hogueras ofreciéndoles la palma y la corona de la victoria, Dios mismo inclinándose para contemplar aquella nueva creación del espíritu por el dolor; y sus almas, después de haber regenerado el mundo moral, se pierden como sus himnos de victoria en la inmensidad de los cielos. (Estrepitosos aplausos.) Yo, delante de este espectáculo sin igual, llamaria á los hombres que aún quieren hoy las persecuciones, que aún ahogan el pensamiento, que aún atizan las hogueras, que aún piden el silencio para la conciencia que se aparta de su conciencia, les llamaria, y enseñándoles esas frias cenizas, de las cuales se levantaron las regiones de mártires que vencerán á los antiguos dioses y arrancarán la corona autocrática á la frente de los Césares, les obligaria á decir y proclamar conmigo, á decir y á proclamar con todos los que amamos al mayor bien del mundo, la libertad, que no hay fuerza mas impotente que la fuerza de los tiranos, y no hay ni tormentos, ni llamas que alcancen á la idea, porque la idea es como el alma libre, como el alma inmortal, como el alma espiritual, y no pueden consumirla nunca esas llamas, eterna mancha de la historia, que execrarán eternamente todas las generaciones, mientras quede una pavesa de justicia en la conciencia de la humanidad. (Vivos aplausos.)

Las grandes persecuciones fueron ocho; la primera obra de Neron, la segunda de Trajano, la tercera de Marco Aurelio, la cuarta de Septimio Severo, la quinta de Maximino, la sesta de Decio, la sétima de Valeriano, la octava de Diocleciano. San Agustín y Sulpicio Severo cuentan dos mas, una bajo Adriano, otra bajo Aureliano. En verdad nos maravilla que el paganismo romano de suyo tolerante se ensañara tan cruelmente con los cristianos. En aquella Roma donde estaban en paz los dioses etruscos y los dioses sabinos, las divinidades aristocráticas y las divinidades plebeyas, donde en pos de Escipion y Lelio entraran los dioses griegos, donde Mitra debiera altares y culto á Sila, donde después de la batalla de Actium los dioses egipcios, de todos invocados, fueron objeto de tantas adoraciones como en las orillas del Nilo, donde con Heliogábalo penetrara un cortejo de livianas divinidades orientales poseídas de ardoroso sensualismo, donde Alejandro Severo pudo unir Abraham á Orfeo en su oratorio, que tenia pendientes de sus paredes la cadena de todas las revelaciones; en aquella Roma, abierta á todos los vientos, hogar de todas las ideas, trono de todas las razas, templo de todos los dioses, para el cristiano solo hay persecuciones, y para su Dios bafa y escarnio. Y esto se explica, se

concibe fácilmente. Hay una razón filosófica, y también una razón política. La base del paganismo todo, así oriental como occidental, era ciertamente el culto á la materia, el culto á la vida, el culto á la naturaleza, en una palabra, el naturalismo. Sobre aquellas familias de dioses, sobre aquellos coros de ninfas, sobre aquellos genios se levantaba el Dios-naturaleza que tenía por cuerpo la tierra, por cabeza el cielo, por manto el mar, por retina el sol, y por collar la inmensa cadena de los seres. Pero el cristianismo traía la antítesis radical de esta idea, el Dios-espíritu en cuya presencia naturaleza es como una sombra, el Dios-espíritu que en sí contiene la verdad, la hermosura, la bondad, perfectas, sí, pero invisibles á los ojos de nuestro cuerpo. Esta es la razón filosófica de la lucha entre dos ideas radicalmente contrarias. La razón política era no ménos importante. Todas aquellas divinidades paganas se asentaban como en su trono en la teocracia, en la autocracia, en las castas, en los privilegios aristocráticos, en las espaldas en fin, de los esclavos. ¿En qué se asentaba el Cristianismo? En la unidad del espíritu humano, en la libertad interior, en la igualdad de todos los hombres ante Dios que tarde ó temprano había de traer consigo la igualdad de todos los hombres ante la justicia social. Sobre todo, la antigua Roma no podía comprender, no estaba formada para comprender la separación del poder temporal y el poder espiritual. Su César era también pontífice, más que pontífice, Dios. Aquellos cristianos que acataban al César, y desacataban al pontífice, que obedecían al hombre y desobedecían al Dios, eran objeto de escándalo, y por consiguiente de sañudas persecuciones. ¿Quién les había de decir que andando el tiempo se pediría en nombre del Cristianismo la confusión del pontífice y del rey sobre las ruinas de Roma que por separarlos tuvieron ellos con su sangre? Pues bien, de esta diferencia de ideas filosóficas y de ideas políticas y sociales, dimanaba la tremenda lucha entre el paganismo y el Cristianismo. Registrad la historia de las persecuciones, y vereis en ellas siempre la mano del sacerdocio, y la mano del patriciado. El sacerdocio combate la idea religiosa, el patriciado combate la idea social del Cristianismo. Ellos calumnian á los cristianos, calumnias de que han sido siempre blanco todos los defensores de las nuevas ideas en toda la redondez de la tierra. Ellos decían que los cristianos se juntaban para conspirar, que en sus juntas oscuras y secretas se entregaban á todos los vicios nacidos de la más grosera voluptuosidad, que en sus altares inmolaban un niño llamado Hijo de Dios, devorando su carne y bebiendo su sangre, y que por

consiguiente á tantas iniquidades juntas debían atribuirse los males y las desgracias del imperio. De aquí que el pueblo, cuya ignorancia explotan siempre los poderosos, los cuales lo quieren pobre y embrutecido y esclavo para instrumento de su poder, gritase: "Cristianos á las fieras;" ¡ay! los cristianos que levantaban la dignidad y la conciencia del pueblo sobre el trono de sus Césares. ¡Cuántos, cuán nobles rasgos de grandeza, de heroísmo, guarda esta historia de los primeros siglos! ¡Cómo se ensancha el corazón al ver volar por el cielo tantas almas no tocadas del barro de la tierra! Aquellos mártires habían convertido las oscuras prisiones en templos de caridad, en refugios de la conciencia humana perseguida. La abnegación, el sacrificio, eran tan naturales en aquellos defensores de la nueva idea, como el placer y la ambición y el egoísmo, en los podridos sacerdotes paganos. No se pueden contar los rasgos de heroísmo. El sexo débil, que al dolor material es más sensible, mostraba vigorosa fuerza. Todos los sacrificios hacían aquellas santas mujeres, hasta el sacrificio imposible de sus sentimientos de madres. La historia de Felicitas y Perpetua, hará derramar eternamente lágrimas á los mortales. Esta tenía en su dura prisión entre sus brazos un hijo de sus entrañas que amamentaba. A la triste luz que cernían las espesas rejas, contemplaba embebecida su mirada, sus ojuelos llenos de inocencia, la dulce sonrisa de sus labios, los juegos de sus tiernas manecitas, y las primeras caricias que dirigía á su madre, ignorando ¡infeliz! que debía perderla. No hay dolor semejante al dolor de la que ve un niño crecer, sonreír, acariciar, levantar su voz alegre é inocente, mientras se oyen á lo lejos los clamores del pueblo, que piden la vida de su madre, y los gritos de los verdugos, y el ruido de los instrumentos que preparan el cadalso. El llamamiento á la vida en la sonrisa, en la alegría, en la inocencia, en el candor del niño, y el llamamiento á la muerte por la voz del deber y de la conciencia, despiertan tremenda lucha. Allí en sus brazos un paraíso de amor, la luz de unos ojos que brillan más que las estrellas en la oscuridad de la cárcel, el aliento dulcísimo más embriagador que el aroma de todas las flores, la voz de la esperanza levantándose en la voz del niño, el Universo entero compendiado en aquel corazón que late dulcemente, y en el cual se encierra la vida de una madre, que no trocaría aquel corazón por todo un cielo. (Frenéticos aplausos.) Y la infeliz Perpetua, debía sentir que á tan gran dolor se unían nuevos acerbos dolores. Su padre, de rodillas en la prisión, besándole los pies y las manos, estrechándola, oprimiéndola contra su corazón, le pedía

á gritos que no le abandonase, que adorara los dioses paganos y tuviese compasion de un viejo infeliz, que se quedaba sin hija, de un hijo que se quedaba sin madre, que remediasse aquella doble horfandad del niño y del anciano, niño tambien ya en los últimos dias de su vida. (Aplausos.) Aquella mujer heroica, sin igual, viendo de un lado su inocente hijo, de otro su padre, todo lo que habia respetado sobre la faz de la tierra, todo lo que habia querido, por un esfuerzo superior á la naturaleza humana, se abrazó al Dios de su conciencia, y lo sacrificó todo ántes que sacrificar en aras de los dioses rechazados por su alma. Sus ojos se habian agotado, su corazon se habia partido cuando cayó en el Circo. Y su compañera Felicitas, que acababa de ser madre, que acababa de dejar sobre la paja húmeda y podrida de la prision al hijo de sus entrañas, ni tiempo tuvo para darle el beso maternal, para enjugar sus primeras lágrimas, porque los verdugos la arrastraron al suplicio. (Profunda sensacion.) Señores, ¡qué ejemplo! Donde quiera que veamos estos grandes sacrificios por Dios, por la libertad, por la patria, debemos levantar nuestra voz para alabarlos, porque así, señores, se fortifica, se temple para la lucha la naturaleza humana, así se transfigura nuestro espíritu; y el que los abomine, el que los ridiculice, el que se atreva á llamar fanatismo á estos grandes arranques de corazones rotos de dolor por el bien, por la justicia, por Dios, es indigno de pertenecer á la gloriosa familia humana que eternamente amará y ensalzará los grandes sacrificios. (Estrepitosos y prolongados aplausos.) Señores, algunas veces el amor desordenado á la vida se despertaba en aquellos mártires. "Muchos de los maestros, dice San Cipriano, vencidos ántes del combate, ni siquiera fingieron el sacrificar de mal grado. Han corrido por sí mismos el foro como si cumpliesen un deseo largamente acariciado. Veíaseles suplicar á los magistrados que les admitieran la retractacion ántes de que terminara el dia." Orígenes nos dice que otros juraban por el César el abandonar á su Dios, creyendo que este juramento á nada les obligaba, cuando en realidad era una fórmula cobarde é hipócrita de verdadera apostasia. Eusebio de Cesarea cuenta que la mayor parte de los apóstatas y de los traidores se encontraba verdaderamente entre los ricos, entre los poderosos. Por eso decia Cipriano que no eran poseedores, sino poseidos de sus riquezas. Pero en cambio los grandes movimientos del corazon eran tan sinceros, el afan del martirio en algunas almas tan grande y exaltado, que los concilios prohibian insultar en público á los ídolos, porque el martirio no tomara color de suicidio. En

algunos países como en España donde el carácter es tan acerado, la persecucion era verdaderamente esterminadora. En Zaragoza habian crecido mucho los adeptos de la nueva fé en tiempos de Diocleciano. Formaban como un pueblo dentro del pueblo cristiano. Su único deseo era la libertad de su culto, reunirse en los templos, celebrar sus ceremonias, socorrerse como hermanos, confundirse en la idea de su Dios. El delegado del poder imperial les prometió esta libertad, si abandonaban sus hogares, la ciudad. Triste era verdaderamente dejar el suelo sagrado de la patria ¿pero qué sacrificio no harian por esa eterna patria que se oculta entre los arboles del cielo? Sí, lo abandonan todo por la libertad, por esa verdadera patria del alma. Salieron de Zaragoza en procesion, como el pueblo escogido salió del cautiverio de Egipto. El eco de sus cánticos de triunfo henchia los aires. Sus almas confiadas en las palabras del que era como oráculo de la justicia, podian sentir ya la libertad, y reunirse en un templo para invocar el nombre de Dios á la clara luz del dia. Embebidos andaban contéplando la perspectiva de tanta felicidad cuando los soldados de César, emboscados en el camino, salen, cierran con ellos, los acuchillan, y dejan los campos sembrados de cadáveres. Ni un solo cristiano se salvó de tan traidora y execrable carnicería. Tales crímenes pedian, como la sangre inocente de Abel, un tremendo castigo.

Lactancio escribia en este tiempo un libro de *Mortibus persecutorum*, de la muerte de los perseguidores. Sin duda alguna guarda este libro la mas grande y mas viva de las demostraciones contra la tiranía. Por él se ve cuán impotentes son siempre los tiranos delante de las ideas, delante de la conciencia humana, á la cual no llegan nunca ni su persecucion ni sus coacciones. Lactancio nos muestra el fin tremendo de los soberbios perseguidores. En efecto, Neron, que alumbró con cristianos cubiertos de resina y pez, los jardines donde celebraba sus orgías, muere perseguido, acosado como una fiera, en casa de sus esclavos, oyendo las maldiciones del pueblo y la sentencia del Senado, y clavándose un puñal en el corazon lleno del virus de todos los vicios. Domiciano, uno de los primeros que atizó las hogueras, murió en su palacio, traspasado el vientre por los puñales de sus guardias, por las espadas de sus gladiadores. Trajano y Antonino que regularon las persecuciones, vivieron tristemente en el trono como si les faltara aire para respirar, y murieron sin esperanza y sin consuelo. Marco Aurelio falleció en terrible peste, abandonado hasta de su hijo que no queria contagiarse con la enfermedad de su padre,

y en tal desesperacion, que se aceleró la muerte. El alma mas grande que pasara por los horizontes del imperio se apagaba en el suicidio, y al apagarse veia sobre el mundo desgarrado la siniestra sombra de Cómodo nacido para su deshonra. Septimio Severo dejó el trono á Caracalla, como Marco Aurelio á Cómodo. En la hora de la muerte tambien vislumbró la triste herencia que legaba al mundo; tambien sintió que se deslizaba la serpiente del remordimiento en su alma. Maximino descendiendo de los Alpes como una fiera, ve los caminos segados que le cierran el paso á Roma, las fuentes emponzoñadas, los pueblos desiertos, los campos talados para que su ejército perezca de hambre, y ante aquel espectáculo se desespera, ruge como el leon, jura el exterminio de sus enemigos, y en los espasmos terribles de su rabia, las lanzas de sus soldados, á quienes tanto habia querido, le parten el pecho, y su cabeza es conducida á Roma en un saco y arrojada sobre el pavimento del Senado. Felipe al pisar el anhelado trono muere. Decio se ahoga en el cieno de las lagunas del Danubio. Diocleciano, el gran Diocleciano; huye del trono como si le persiguieran á manera de terribles furias sus remordimientos, y no pudiese haber paz entre su poder y su conciencia. Todos demuestran, absolutamente todos, que la tiranía es impotente para aniquilar las ideas, que del seno de las hogueras se levantan al cielo como la inextinguible luz de nuestra vida.

Señores, nosotros tambien hemos visto estos grandes ejemplos en nuestro siglo, nosotros tambien podemos invocar la inflexible justicia de la Providencia y saludaria. No estamos en el período puramente metafísico y religioso de la gran idea cristiana, estamos en el período social. Los principios de libertad, de igualdad, de fraternidad, sellados con la pura sangre del primero de los mártires, trascienden de la conciencia á las leyes y á las instituciones. Hoy la idea pugna por realizarse; y tiranos soberbios se oponen tambien á su realizacion. En algunos momentos parece como que logran ahogar la idea que ha de fundir los últimos eslabones de las cadenas de los esclavos. Pero miradlos. La justicia de Dios ha herido sus frentes (aplausos.) El tirano que martirizó á nuestros padres, que castigó como horrendos crímenes el amor á la patria y el amor á la libertad, tuvo que dejar encomendada su posteridad al amparo de sus mismas víctimas. Los descendientes de los que creyeron que los reyes debian ser dioses en la tierra, andan errantes por la triste soledad del destierro. Los que tuvieron de sangre las alegres aguas del mar tirreno, no han podido le-

gar una corona á sus descendientes heridos por las maldiciones del cielo. El Juliano, el apóstata de la filosofía, perdió la razon viendo levantarse las ensangrentadas víctimas de sus desvarios románticos en los abismos de su conciencia, y muriendo entre los torcedores de la desesperacion. Y por último, aquel soldado que asombró á la historia; titán, en cuya frente ceñida por los siniestros resplandores de la tempestad, no podemos aún leer su misterioso pensamiento; heredero del génio de la guerra; armado del rayo; errante por el mundo como nube que llevaba en sus entrañas el fuego de la cólera divina; aquel soldado que escribió su nombre con la punta de su espada en la cima de los Alpes y en la cúspide de las pirámides, y ató á la cola de su caballo los reyes, y borró las fronteras de los pueblos, y arrojó coronas de sus manos para que las recogieran sus sargentos, y asaltó casi todos los muros de Europa, y tuvo ó esclavas ó amedrentadas todas las ciudades, y vivió entre el estruendo de los combates, seguido de soldados, de caballeros, de ejércitos que parecian brotar á sus conjuros de las entrañas de la tierra para perderse como un sueño fantástico en el huracan de la guerra; aquel soldado fué á morir en una isla sin encontrar ni espacio para su cadáver en la tierra que dominara con su génio; y su obra se disipó como el humo de los cañones; y de tantos esfuerzos heróicos y titánicos solo quedaron las ideas revolucionarias que creia haber ahogado, estendidas por él ¡pobre instrumento de Dios! en la conciencia del mundo! (Estrepitosos aplausos.)

Señores: la tiranía nada puede contra el progreso. Imperios tan grandes como el imperio romano caen. Mártires tan abatidos como los mártires cristianos se levantan. Lo que necesitamos no es el poder, no es la fuerza, es la justicia. El que tiene la justicia en sus manos triunfa siempre. Mirad aquellos Césares tan grandes todos desarmados y vencidos. ¿Qué vale el poder, los tronos, las glorias delante de la justicia? Nada. Solo Dios, señores, solo Dios es grande. (Ruidosos y repetidos aplausos.)